



El Papa Francisco, hoy Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen, le rindió un homenaje a la estatua de la Virgen María en la Piazza España. Como es tradición, rezó frente al monumento y dejó un ramo de flores en la base de la columna.

Su preciosa oración dedicada a Nuestra Madre, es una imploración a que nos proteja. El Papa en su oración nos dice que no es lo mismo ser pecadores y corruptos.

Un pecador, es quien cae, se arrepiente, confiesa su pecado y se levanta de nuevo, con la ayuda de la misericordia de Dios. En cambio, dijo el Papa, un corrupto, lleva la connivencia hipócrita con el mal. “La corrupción del corazón, que se muestra impecable por fuera, pero por dentro está lleno de malas intenciones y mezquinos egoísmos”.

El Papa le confía a la Virgen a todos aquellos, que están oprimidos por la desconfianza del desánimo por el pecado, que piensan que ya no tienen esperanza, por sus tantos pecados, y que Dios no tiene tiempo para ellos. En cambio, le pide que refleje dentro de la “oscuridad más profunda un rayo de luz de Cristo resucitado”.

A continuación la oración del Papa, que le hizo a nuestra Madre María:

Oh María Inmaculada

nos reunimos a tu alrededor una vez más.

Cuanto más seguimos en la vida

más nuestra gratitud a Dios aumenta

por habernos dado como madre, a nosotros, que somos pecadores,

Tú, que eres la Inmaculada.

Entre todos los seres humanos, eres el única
preservada del pecado, como la madre de Jesús,
Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Pero tu privilegio único,
te fue dado por el bien de todos nosotros, tus hijos.

De hecho, mirándote, vemos la victoria de Cristo,

La victoria del amor de Dios sobre el mal:
donde abundaba el pecado, es decir, en el corazón humano,
la gracia se desbordó,
por el suave poder de la Sangre de Jesús.

Tú, Madre, nos recuerdas que sí, somos pecadores,
pero ya no somos esclavos del pecado!

Tu hijo, con su sacrificio,
rompió el dominio del mal, ganó el mundo.

Esto le dice tu corazón a todas las generaciones

Tan claro como el cielo donde el viento ha disuelto cada nube.

Y entonces nos recuerdas que no es lo mismo
ser pecadores y ser corruptos: es muy diferente.

Una cosa es caer, pero luego arrepentirse, confesarlo
y levantarse de nuevo con la ayuda de la misericordia de Dios.

Otra cosa es la connivencia hipócrita con el mal,

la corrupción del corazón, que se muestra impecable por fuera,
pero por dentro está lleno de malas intenciones y mezquinos egoísmos.

Tu pureza clara nos recuerda la sinceridad,
a la transparencia, a la simplicidad.

¡Cuánto necesitamos ser liberados de

la corrupción del corazón, que es el peligro más grave!

Esto nos parece imposible, porque somos tan adictos,

y en cambio está al alcance de la mano. ¡Basta con mirar hacia arriba

a tu sonrisa de madre, a tu belleza virgen, incontaminada,

para volver a sentir que no estamos hechos para el mal,

sino para el bien, para el amor, para Dios!

Por esto, oh Virgen María,

hoy te confío a todos aquellos que, en esta ciudad

y en todo el mundo están oprimidos por la desconfianza

del desánimo por el pecado;

aquellos que piensan que para ellos no hay más esperanza,

que sus faltas son demasiadas y demasiado grandes

y que Dios no tiene tiempo que perder con ellos.

Te los confío porque no eres solo una madre

y como tal nunca dejas de amar a tus hijos,

sino también eres la Inmaculada, llena de gracia,

y puedes reflejar desde adentro de la oscuridad más profunda

un rayo de luz de Cristo resucitado.

Él, y solo Él, rompe las cadenas del mal,
libera de las adicciones más implacables,
se disuelve de los lazos más criminales,
suaviza los corazones más endurecidos.

Y si esto sucede dentro de las personas,
¡Cómo cambia la faz de la ciudad!

En pequeños gestos y en grandes elecciones,
los círculos viciosos se vuelven virtuosos poco a poco,
la calidad de vida mejora
y el clima social es más transpirable.

Te damos gracias, Madre Inmaculada,
Por recordarnos que, por el amor de Jesucristo,
ya no somos esclavos del pecado,
sino libres, libres de amar, de amarnos,
para ayudarnos como hermanos, aunque si sean diferentes de nosotros
y gracias por ser diversos entre nosotros.

Gracias porque, con tu sinceridad, nos animas a
no avergonzarnos del bien, sino del mal;
ayúdanos a mantener alejado al maligno,
que con el engaño nos atrae hacia él, en agujas de muerte;
danos el dulce recuerdo de que somos hijos de Dios,

Padre de inmensa bondad,
fuente eterna de vida, belleza y amor. Amén.